

EL PROFETA LUIS ERNESTO GARCÍA

Felipe Guerrero*

SUMARIO: 1. Introducción 2. Egipto Siglo XX: La Construcción de la Republica 3. Mubarak y el Arte de Gobernar por 30 años 4. Las Sorpresivas Revueltas Árabes 5. Los Bloques de Poder Egipto: Fuerza Armadas y Partidos Políticos 6. Bloque de Poder Islamista: La Hermandad Musulmana 7. La Democracia Oriental ¿La Excepción Islámica? 8. Conclusiones. Referencias Bibliográficas

Resumen

La presente disertación pretende dejar un testimonio de la vida ejemplar de un Profeta: Luis Ernesto García. La reflexión busca reencontrar los valores identificadores de este hombre que apostó claramente por la dignidad de la persona humana. No representa un mensaje impersonal, como dijo García Lorca, al rendir un homenaje a un poeta amigo: «No vengo a hacer falsos halagos, protocolares, muchas veces encubridores de otros sentimientos». No pretendo como discípulo de Luis Ernesto García cumplir un rito gastado con textos decorados. Me propongo recordar con reverencia y entusiasmo a un maestro a quien merecidamente hemos decidido que le llamaremos Profeta.

Este hombre durante su peregrinaje por la tierra fue maestro y profeta. Hoy luego de nacer a la vida eterna sigue siendo maestro y profeta. Luis Ernesto García, se encuentra en la línea universal y eterna que integran todos cuantos han compartido su tiempo

Recibido: 14/5/2014 Aceptado: 04/08/2014

* Felipe Guerrero, Profesor especialista en Ciencias Sociales del Instituto Pedagógico Nacional, Magister en Supervisión Educativa y Doctor en Educación. Docente de la Cátedra Ética y Docencia de la UCAT. Profesor invitado a la Cátedra de Ética en Programas de Especialización y Maestría de la UPEL. Profesor invitado a la Cátedra de Metateoría y Educación en Programas de Doctorado de la UPEL. Tutor de trabajos de grado, para aspirar a los títulos de Especialistas y Magister. Tutor de tesis doctorales para aspirantes al título de Doctor.

interior y sus largos desvelos de trabajo entre el aporte teórico conceptual del humanismo que los lleva a vivir en plenitud y el testimonio profético que los impulsa a escribir incansablemente y a concretar proyectos a favor de la persona humana.

Enseñó y sigue enseñando que el Cristiano, el auténtico Cristiano no puede evadir su responsabilidad escondiéndose en el templo.

Nos lo dijo con toda claridad mientras vivió sobre la tierra. Al Dios de los Cristianos hay que encontrarlo en los hambrientos y sedientos, en los desnudos y enfermos, en los emigrantes y encarcelados. Estos seres humanos siguen siendo el lugar privilegiado de Jesús.

Palabras Clave: Profeta. Responsabilidad. Dignidad. Persona Humana. Liberación.

Abstract

The present dissertation it tries to leave a testimony of the exemplary life of a Prophet: Luis Ernesto García. The reflection seeks to meet again the identifying values of this man who bet clearly for the dignity of the human person. It does not represent an impersonal message, as said García Lorca, when friend produced an honoring to a poet: «I do not come to make false praise, protocolares, often concealing of other feelings «. I do not try as disciple of Luis Ernesto García to fulfill a rite spent with decorated texts. I propose to remember with reverence and fill with enthusiasm a teacher to whom well-deservedly we have decided that we will be call him A Prophet.

This man during his peregrinaje for the land was main and a prophet. Today being born to the eternal life continues being teacher and prophet. Luis Ernesto García, thinks in the universal and eternal line that they integrate all those have shared his interior time and his long sleeplessnesses of work between the theoretical conceptual contribution of the humanism that leads them to living in fullness and the prophetic testimony that it stimulates them to write tirelessly and to making concrete projects in favour of the human person. It taught and it continues teaching that the Christian, the authentic Christian cannot evade his responsibility hiding in the temple.

He said it to us with all clarity while it lived on the land. It is necessary to find the God of the Christians in hungry and thirsty, in the nudes and patients, in the emigrants and imprisoned. These human beings continue being Jesus' privileged place.

Key words: Prophet, Responsibility, Dignity, Person Humanizes, Liberation.

1. Introducción

Hay seres cuya existencia, se desenvuelve en todo momento con una indeclinable actitud testimonial para hacer praxis de los ideales que predicán, seres que viven una constante lucha en beneficio del bienestar colectivo y que demuestran coraje y voluntad para mantener una actuación apegada a

invalorable principios éticos. Esos hombres llegan a recibir de la sociedad tal respeto y admiración que basta con mencionar sus nombres para apreciar el caudal de afecto que esa misma sociedad les prodiga. Este reconocimiento responde a sus valores excepcionales, los cuales resultan ser los más indicados para ofrecerle a la comunidad paradigmas dignos que le ayuden a alcanzar, una trascendente concreción de sus aspiraciones.

Esos seres durante su peregrinaje terrenal mantuvieron una conducta firme y una irrenunciable consecuencia, tanto para predicar sus ideas como por desarrollar un novedoso estilo de lucha marcado por la constancia para hacerlas prevalecer a pesar de las dificultades. Sin lugar a dudas, Luis Ernesto García es uno de esos personajes cuya existencia calza perfectamente dentro del perfil definido para esta categoría de seres humanos.

Como militante del Cristianismo en todos los actos de su vida, Luis Ernesto García dio testimonio de ser un auténtico discípulo de Jesús, el Nazareno que en expresión de John Sobrino «Tuvo compasión de los pobres y salió en su defensa. Por ello arriesgó todo, su descanso, su buen nombre, su seguridad. Denunció y molestó a los poderosos, y por eso lo mataron. No hubo ningún macabro designio divino, sino un inmenso amor».

Luis Ernesto García en todo se pareció al maestro. Al ver su imagen y testimonio de vida, recordamos junto a John Sobrino que Jesús «Fue condenado a morir con muerte infamante, la reservada a esclavos fugitivos y terroristas sediciosos. Con muerte cruel, lenta, por asfixia. Y dolorosa, con clavos que desgarraban sus carnes. Y junto a estos horrores que fabricamos los humanos, Jesús experimentó el silencio de su Padre Dios»; por eso la cruz bordada en estolas y mitras, la cruz de coronas imperiales y de joyas costosas, nada tienen que ver con los dos palos y los tres clavos de la cruz en que murió aquel que predicaba y testimoniaba amor, por eso muchas veces esto suena a escarnio.

Hoy a veinte siglos de distancia tenemos nuevos predicadores del eterno mensaje de justicia. Son los nuevos profetas como Luis Ernesto García recurren a nuevas metáforas para llevar la buena noticia. Poéticamente lo dirá Leonardo Boff al señalar que: «La grama no creció sobre su tumba», o en novedosa expresión según la cual «El verdugo no triunfó sobre la víctima» y la gente humilde, sencilla y excluida, han inventado sus propias metáforas en sus propias palabras.

Como profeta de la post-modernidad Luis Ernesto García nos ratificó la eterna enseñanza de que ni Caifás, ni Poncio Pilato, ni el rico Epulón tenían razón; como no la tienen ni los opresores, ni los poderosos de nuestros días. Renace y resucita la hermosa lección de que el Jesús de Nazareth, viviendo como vivió y muriendo como murió, tenía razón. Por eso rescatamos la figura de Luis Ernesto García, porque con su vida nos enseñó que ese testimonio de

amor y de servicio a los más humildes trae una luz que vence la oscuridad de nuestra mente y nos contagia un calor que triunfa sobre el frío y la tristeza que muchas veces nos invade.

2. Boceto

Traté de pintar su retrato y me tomé varias horas antes de comenzar a dar la primera pincelada. Aún lo recuerdo en aquellas hermosas jornadas de formación doctrinaria, de lucha testimonial y de ajedrez.

Una tarde, cualquier tarde nos tomamos un café para compartir un formal coloquio de personales preocupaciones por la formación ideológica. Aún lo veo con los ojos del recuerdo y parece que fue ayer cuando se realizó aquel encuentro de mutuas preocupaciones.

Era valiente en las definiciones. Se me pareció al Moisés conduciendo a su pueblo hacia la liberación, siempre lo encontré similar al Jesús expulsando a los mercaderes del templo. Jamás sintió miedo. Tenía tan hondas convicciones que al explicarlas sus ojos despedían llamas. ¡Nunca perdonaba la injusticia!

En la distancia es más fácil ver las cosas en su justa y real dimensión. Su personalidad era viva, vibrante y su risa resonaba por todos los muros de la casa. Su retrato sigue vivo en mi memoria como si fuera ayer. Intento cumplir el encargo de dibujar la figura del Padre Luis Ernesto García. Pretendo hacer un boceto del «Padre Luiso» como entonces lo identificaban mis hijos en las enrevesadas expresiones que utilizan los niños cuando quieren transmitir cariño. Es posible que los afectos me alejen del relato cronológico, pero permiten sacar los matices necesarios para dar mi primer brochazo.

3. Peribeca

Estábamos en el pequeño recibo de su humilde residencia que se identificaba como «Peribeca». Era el reencuentro con el maestro luego de una obligada ausencia. En efecto, la imposibilidad de continuar nuestra formación universitaria en el Táchira, ante la carencia de instituciones de educación superior, nos impuso la tarea de viajar a la capital de la república.

En Caracas, con todo el fervor juvenil, intentamos hacer realidad las lecciones aprendidas del Padre Luis Ernesto García. A su lado compartimos una formación cristiana profundamente vinculada a la realidad social y a la situación de pobreza de la población tachirenses y venezolana. Eso se lograba con un trabajo que vinculaba la formación teórica junto a un aleccionador contacto con el mundo campesino y obrero.

Esa hermosa conjugación entre la doctrina y la realidad, nos sirvió de anclaje central para desarrollar un cúmulo de acciones en el escenario capitalino, particularmente en las marginales barriadas de La Vega y Montalbán, sin olvidar nuestros compromisos de formación profesional. Esa experiencia nos llevó a ocupar la Presidencia de la Federación de Centros Universitarios del Pedagógico de Caracas, hecho relevante no por vanidad personal sino porque era la primera vez que un cristiano ocupaba esa posición.

Dos queridos maestros sacerdotes disfrutaron de ese triunfo, porque ambos gestaron e impulsaron variadas acciones para que los jóvenes de entonces asumieran el compromiso cristiano de dar testimonio del mensaje evangelizador, me refiero a Jenaro Aguirre y Luis Ernesto García. Al regresar a la aldea que nos dio su alma, nos contactamos y al fin luego de varios intentos, se cumplió la cita que habíamos pactado.

En la sala de la casa «Peribeca», maestro y discípulo acompañados de un estricto café y nada más, absolutamente nada más... En el encuentro lo reconocí de inmediato. Sonreía ampliamente, mientras con un ademán me invitaba a acercarme.

- ¡Qué gusto! –me dijo, mientras nos dábamos un abrazo. Había pasado ya tiempo de no vernos, desde una mañana en la cual asistí a un Cursillo de Formación Social, en los meses siguientes a la caída de la vergonzosa dictadura militar, en 1958.

Nos pusimos al día en media hora de charla. El Padre Luis Ernesto García estaba esperando compartir noticias, documentos, quizá algún texto. Y hablamos de lo que se habla y no se publica porque no es nota, pero sí materia de charla. Bastaba mencionar el nombre de algún personaje de los pensadores que han enriquecido el humanismo cristiano, para que aquel sacerdote y maestro desgranara anécdotas, chistes y soltara con voz sonora voz datos que si bien inocentes no son para difundirse sino en una plática de amigos.

Y ahí fue donde acordamos vernos «luego, con calma, para impulsar un gran proyecto de formación social».

- Cuando usted me diga, Padre.
- No, no – me atajó de inmediato –. Ahora soy dueño de mi tiempo. Cuando quieras llámame a la casa y nos ponemos de acuerdo.

Pasaron pocos días para que efectuara esa llamada. Siempre lo pensaba varias veces antes de marcar su número telefónico, aunque el motivo era más

que justificado: Diseñar, planificar, organizar y ejecutar un programa de formación ideológica fundamentado en los valores del humanismo cristiano. Ahí se empezó a configurar una de las más ambiciosas y prometedoras tareas: Formar jóvenes para que asumieran el compromiso de dar testimonio cristiano en medio del mundo. Cada jornada de trabajo exigía una concentración y una meditación similar a cuando estaba leyendo, escribiendo o simplemente jugando ajedrez. Debajo de esa apariencia de hombre exigente, estaba una de las personas más bondadosas que he conocido.

Ante las injusticias, ante los atropellos a la libertad y al pensamiento plural el semblante se le endurecía como el acero templado y hacía un puño con la mano izquierda como si fuera a destrozarlo con él cualquier cosa que se pusiera a su alcance. Pero ante la fragilidad de un niño, ante la debilidad de una madre, ante el reclamo del obrero, era todo bondad. Sabía reír con sonoras carcajadas, sabía reír hasta las lágrimas.

4. Compromiso cristiano

«¿Cuál es el mandamiento principal? Jesús respondió:

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el primer mandamiento y el más importante. El segundo es semejante a éste: Amarás al prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos se basa toda la ley y los profetas»

(Mt 22, 37-40).

De acuerdo a la contundente afirmación del maestro Jesús, sólo existe un único mandamiento: El mandamiento del amor. Ese mandamiento expresa magníficamente la enseñanza y la práctica de Jesús. Este mandamiento impulsó toda la vida y la acción de Luis Ernesto García. Este hombre había nacido el 30 de Abril de 1917 en San Antonio del Táchira, en el lindero más vivo de la amplia frontera de Colombia y Venezuela.

En 1927 ingresó al Seminario Santo Tomás de Aquino, que para entonces era conducido por la Congregación de los Padres Eudistas, donde recibe una sólida formación basada en la oración, en la escucha de la palabra de Dios y en la vivencia de los sacramentos. Contaba entonces con diez años y empieza allí a llenar su existencia de una fe viva y una esperanza firme, inflamando su espíritu de fortaleza, de amor, y de templanza.

La educación que brindaban los Padres Eudistas en el Seminario Santo Tomás de Aquino, le favoreció para la integración del equilibrio humano y afectivo, para la formación del criterio, para el crecimiento de los valores del humanismo

cristiano y para la práctica del espíritu de servicio, el desarrollo de la expresión verbal, la sinceridad, la lealtad y la justicia entre otras

Igualmente, en ese ambiente de formación aprende a sacrificarse, contentándose con lo que tiene, desgastándose con alegría por el servicio a los demás y en el cumplimiento diario de su deber. En ese escenario, el joven Luis Ernesto García recibe una real formación misionera, por eso en su vida será capaz de tener iniciativas constantes para servirle a los demás y ese será el comportamiento que marque su existencia, logrando perseverar en las dificultades, siendo paciente y fuerte para sobrellevar el cansancio y los tropiezos. Además de esto, siempre mostraba una gran apertura de alma y grandeza de corazón, aceptando con gusto las más disímiles tareas que le confiaron; acomodándose generosamente a las costumbres ajenas, a manifestaciones culturales diferentes y a las cambiantes condiciones de los pueblos.

En todos los lugares, obraba con espíritu de concordia, de servicio y de amor; por esa razón lograba con gran facilidad integrar grupos humanos de trabajo y de servicio, lo cual se expresaba en comunidades que actuaban con un solo corazón y una sola alma.

En el año 1933 deja el Seminario Santo Tomás de Aquino para trasladarse a la ciudad de Pamplona en la vecina República de Colombia, donde cursa estudios de Filosofía y Teología en el Seminario Conciliar Santo Tomás de Aquino.

Fueron años de formación teórica, vinculados a trabajos pastorales en las zonas más pobres y abandonadas. Al contacto con la juventud obrera católica vive extraordinarias experiencias organizativas con los trabajadores. La relación con los obreros, comienza a despertarle el interés por trabajar y luchar por ese mundo cargado de injusticia que ya se le insinuaba.

Afirmaba con mucha fuerza que «Si la Iglesia dejara de atender a los pobres, o se desinteresa por ellos, ya no sería signo de la presencia salvadora de Cristo. Se convertiría en una sociedad como cualquier otra. Los signos se llaman así porque son visibles, perceptibles por los sentidos, se traducen en gestos, actitudes, tomas de postura, acciones concretas que pueden ser observadas e interpretadas como tales. Como lo hizo Cristo, la actitud interior se manifiesta exteriormente. El amor hacia los excluidos es, pues, el corazón de la auténtica evangelización».

La preocupación misionera la expondrá con absoluta claridad al asegurar que: «Nos convoca una tarea misionera, porque se da el caso, de que dondequiera que el hombre está crucificado por la pobreza de su condición y por el egoísmo de los privilegios, la iglesia se encuentra escandalosamente ausente, sin haber sido capaz todavía de ponerse a la altura del Señor, que plantó su tienda de campaña, de una vez por todas, entre los pobres»

Con esta visión y con este compromiso, es ordenado sacerdote el Primero de Noviembre de 1939 en la Catedral de San Cristóbal por el Obispo de Mérida,

Monseñor Acacio Chacón. La primera misa la celebra en el templo de San Juan Bautista de la Ermita en la capital del Estado Táchira.

Su actividad pastoral la inicia como Vicario Cooperador de la Parroquia de San Juan Bautista durante los años 1939 y 1940. Es la etapa inicial de una larga y fructífera jornada. Era la primavera de una vida llena de sueños y utopías, pero también de vigor, de juventud, de honradez y de bultos de romanticismo. Eran los tiempos de la asesoría al naciente movimiento de la Acción Católica.

Posterior a esta experiencia se dedica a trabajar como Vicario Cooperador de las Parroquias de Nuestra Señora de la Consolación en Táriba y de San Juan Bautista de Colón; tareas que cumple con gran acierto hasta el año 1944.

En cada escenario de trabajo puede vivir de cerca la frialdad del mundo capitalista, con toda la explotación e insensibilidad frente a los pobres, pero simultáneamente conoce la falsedad y el engaño del modelo comunista que en nombre de una falsa igualdad negaba las libertades de la persona humana.

En cada caso, al asomarse a esa ventana de duras realidades, se hizo evidente en el joven sacerdote Luis Ernesto García su progresiva toma de conciencia, en relación a la profunda opresión sufrida por los trabajadores; lo que le obligaba a explicar el sentido y las exigencias del amor cristiano desde una óptica humanista y solidaria.

Allí quedaron marcadas por siempre las dolorosas exclusiones de los más humildes y su posterior actividad intelectual y pastoral. La formación y su trabajo lo llevaron a la reflexión de cómo encontrar desde la fe, fuertes motivaciones para continuar una búsqueda aún no suficientemente clara.

En cada una de estas actividades, el padre Luis Ernesto García ejerce en forma práctica su amor por el prójimo. Cuando el cristiano trabaja en la acción social lo hace con la conciencia de ser un instrumento en las manos y al servicio de Dios.

En algún momento aseguró que: «Querer mostrar el amor como lo hizo Jesús es la fuerza que nos mantiene en el trabajo diario, que nos ayuda a perseverar en él a pesar de las dificultades, que nos empuja a buscar iniciativas para responder a las nuevas formas de pobreza que sufren nuestros hermanos».

Con su capacidad de análisis para descubrir las situaciones de insolidaridad y de injusticia, y con su compromiso y entusiasmo a favor de los más desvalidos, además de sus tareas estrictamente parroquiales desarrolló una fructífera labor educativa como docente en el Colegio Sucre de San Juan de Colón entre los años 1942 a 1955. De esta época se recuerda su acción como formador de formadores en la Escuela Normal Corazón de Jesús que desde la ciudad de Colón se dedicaba a la orientación de los futuros maestros de la patria.

En ese período durante el cual Venezuela vivía una hora menguada para la libertad y la democracia por las imposiciones de la dictadura militar, el Padre

Luis Ernesto García, sin temor predica a los jóvenes la necesidad de vivir en libertad en virtud a la alta dignidad de la persona humana.

Esos testimonios personales de valentía eran la gran fuerza que movía y conmovía a las personas, a los grupos y a las instituciones sociales, para trabajar a favor de los pobres, abriendo nuevos cauces a la justicia social y al amor sobretodo a los perseguidos y humillados. Esa mística de ver en el otro un hijo de Dios y un hermano; de rezar para pedirle a Dios la fortaleza necesaria y de dar permanente testimonio de servicio era su mejor y única riqueza.

En variadas oportunidades llegó a afirmar que «El amor al prójimo es mediación y expresión del amor a Dios. El amor a Dios es fuente y horizonte último del amor al prójimo. El que ama al prójimo ama siempre a Dios; el que ama a Dios no puede no amar al prójimo». Cuando realmente se ama, es lo mismo que se ame al prójimo «Por Dios» o que se ame a Dios «Por el Prójimo».

Profundo impacto causó en nuestras vidas aquella solemne expresión del Padre Luis Ernesto García: «El que ama sin creer en Dios tiene una fe anónima; y el que cree en Dios sin amar al prójimo, tiene un ateísmo anónimo» El amor doble y único no es el mandamiento más importante, sino el único mandamiento. Este mandamiento es el que le da sentido, sustancia, valor a todos los mandamientos. El que ama cumple todo. Sin amor, todos los mandamientos se convierten en leyes opresoras, impuestas desde fuera. Una fidelidad sin amor es sumisión servil, o mero formalismo, o búsqueda engañosa y fracasada de sí mismo.

Luis Ernesto García aseguraba: «Al afirmar que el amor es el mandamiento principal y único, Jesús se sitúa frente al legalismo y la casuística».

El legalismo consiste en cumplir la ley y quedarse tranquilo; la casuística es la necesidad de saber qué manda exactamente la ley en cada situación concreta, para así estar seguros ante Dios. El legalismo y la casuística son las dos tentaciones fundamentales de toda moral religiosa.

Por eso el mandamiento del amor, no nos ofrece una aplicación normativa para cada caso; sino que nos pide un corazón nuevo, un espíritu nuevo, una mentalidad y una sensibilidad nuevas.

Este único mandamiento impulsaba toda la acción del Padre Luis Ernesto García; porque este único mandamiento constituye la esencia de la ética, de la moral, de la religión, de todas las cosas. Es la esencia de la moral tanto en lo que se refiere al contenido como en lo que se refiere a la motivación. El amor es el contenido esencial, y es la motivación esencial. El amor es la esencia de todas las cosas. Y cuando el amor sea pleno y definitivo, todas las cosas habrán llegado a su plena realización.

El mandamiento del amor es universal. El amor es el anhelo y la tarea de todos los seres. Y es el mandamiento más fácil y más difícil: el más fácil, porque

no es necesario perderse entre normas e interpretaciones; el más difícil, porque exige superar todo cálculo y toda medida. El amor no es una ley, no es una norma. Jesús supo y nos enseñó a amar a Dios y al prójimo sin cuidarse de normas, interpretaciones, cálculos y medidas.

La humanidad, hoy más que nunca, necesita referencias concretas, personas cuyo testimonio evidencie que el amor cristiano es posible en nuestros días. En la figura y el testimonio del Padre Luis Ernesto García, la sociedad puede encontrar el rostro samaritano de Cristo.

En estos tiempos han surgido nuevas pobreza, nuevas llamadas a nuestras puertas, y no siempre hemos sabido avanzar y responder al ritmo requerido. En esta estación, la figura del Padre Luis Ernesto García, ofrece la mejor respuesta para enfrentar esas nuevas exigencias.

Es hora de superar la superficialidad con la cual se pretende dar soluciones a las múltiples necesidades de la persona y de la comunidad. Tal como lo planteaba Luis Ernesto García se requiere planificación, programación, previsión y formación. Las ausencias de formación ideológica representan carencias preocupantes.

Trabajar para los pobres exige haber adquirido unos principios básicos, pero además estar siempre en proceso de formación, de lo contrario nos envejecemos, nos repetimos, nos anquilosamos y terminamos tratando a los hermanos como unos extraños incómodos.

Luis Ernesto García supo hacer suya la expresión de que «Quien escucha la voz del Señor en el grito de los pobres y contempla su rostro en ellos, experimenta la urgencia de renovarse en la manera de honrarlo y servirlo». Esa urgencia de renovación pasaba por un amplio y profundo proceso de formación en los fundamentos del humanismo cristiano; por eso afirmaba que era «Esencial el conocimiento de la Doctrina Social de la Iglesia. El manejo de esos principios debe superar la superficialidad y para ello, esos anclajes doctrinarios deben introducirse necesariamente como parte de la formación permanente de los laicos, de los sacerdotes y de los religiosos. El humanismo cristiano, es un cuerpo precioso de principios que nos sitúan en una perspectiva distinta, ante los problemas de nuestro mundo»

5. Escribir para llevar la Buena Nueva

Nos reencontramos para tomarnos un café en un local tranquilo ubicado al sur del Parque Sucre que servía para el diálogo franco con el achaque de tomarnos un café. Antes del primer sorbo de la aromática bebida me dijo: «En esta ciudad se acabaron los lugares para tomar café. Estos eran los espacios para el encuentro humano, ahora estos sitios son cada vez más difíciles de

encontrar. Representa un problema grave para esta villa porque la cultura actual conduce al egoísmo que rompe todos los vínculos. Y estos cafés incomodan a esa cultura, porque pertenecen a un tiempo en el que había tiempo para todo».

Efectivamente, Luis Ernesto García era un hombre que sabía ganar tiempo. Ganar tiempo en la lectura para la permanente actualización, ganar tiempo en discursos densos de contenido, ganar tiempo en escritos de gran profundidad... Luis Ernesto García sabía recoger toda la intensa carga de las palabras, en un momento en el cual las palabras fueron vaciadas de contenido. Sabía hablar y sabía escribir en un tiempo en donde el diccionario pasó a ser un libro de puras traiciones.

A las palabras se les da un significado distinto para el cual nacieron, por eso Luis Ernesto García asumió la tarea de devolverles su real significado. Rechazaba con vehemencia que se bautizara una cárcel con el nombre de Libertad o que se utilizara la palabra mercado como una suerte de dios todopoderoso que vigila y castiga; cuando mercado era el lugar de encuentro con los vecinos; era colores y era aromas. Luis Ernesto García utilizaba el verbo para difundir la buena nueva a los pobres, por eso rechazaba cualquier posición de poder. En alguna oportunidad afirmó: «Lo mío es educar, formar y escribir. Una posición de poder obliga, necesariamente, a callar algunas cosas o expresarlas con cuidado porque uno es parte de un equipo. No hay nada más revolucionario que decir lo que uno piensa. Y para decir lo que uno piensa hay que estar libre de cualquier atadura»

En ese esfuerzo de escribir «escribir libre de cualquier atadura», compartimos con Luis Ernesto García varios momentos de su fructífera existencia. En efecto, en la década de los años setenta, luego de vencer múltiples obstáculos publicamos la «Cartilla de la Democracia Cristiana». En esta obra me correspondió escribir el Primer Capítulo con el título de Historia de una Esperanza. El Capítulo dedicado a los Principios Ideológicos lo desarrolló el Padre Luis Ernesto García. Este valioso documento se imprimió en la Editorial Torbes de San Cristóbal y se bautizó en Julio de 1977.

En Agosto de de 1981, desde el fondo editorial de la Fundación Rerum Novarum Luis Ernesto García publicó «Pensamiento Socialcristiano». En esta obra, Luis Ernesto García sintetiza las reflexiones que el pensamiento cristiano ha ido elaborando acerca de las relaciones de la persona con la sociedad y la justicia social y busca dar una respuesta a la interrogante ¿Qué debe decir un cristiano sobre la crisis en el momento actual?

En la fundamentación teórica de la obra, denuncia la falta de ética como el anclaje sobre el cual se construyó la deshumanización de la sociedad. Lo que ocurre en la comunidad es consecuencia de unos comportamientos arraigados

en un contexto cultural en el cual el culto al dinero provocaba ceguera colectiva, en un mundo en el cual todo se identifica como mercancía.

Estos hechos conducen a unas expresiones culturales que se han impuesto, caracterizadas por fomentar el ganar más para consumir más. La codicia se hizo políticamente correcta y se generó también la cultura del usar y botar, con el consiguiente impacto medioambiental.

En este contexto, Luis Ernesto García denuncia que la codicia está en el corazón del hombre e insiste en la necesidad de volver a un código ético común para construir una nueva sociedad, basada en el criterio de «Ser más» en vez de «Poseer más».

En el mes de noviembre de 1984, Luis Ernesto García publicó «Análisis de una Época». Impreso en los talleres de la Editorial Formas Lem, con esta obra el autor «Pretende aclarar hechos y situaciones en torno a esa gesta colectiva de edificar la democracia» tal como lo señalara en su oportunidad el Doctor Enrique Pérez Olivares. En «Análisis de una Época», Luis Ernesto García hace un llamado a la recuperación de los valores del espíritu, a la claridad de visión, al respeto leal de las reglas democráticas y al espíritu de servicio al pueblo, verdadero autor y destinatario necesario de la verdadera política.

Ya en los días finales de su tránsito como peregrino terrenal, en noviembre de 1985, Luis Ernesto García publicó «El Hombre y su Dignidad de Persona Humana». La obra permite conocer elementos fundamentales de las realidades sociales, políticas y económicas que configuran el mundo actual al tiempo que constituye un acercamiento a textos y testimonios de cristianos que han dado respuesta a diferentes problemas sociales, políticos y económicos contemporáneos.

«El Hombre y su Dignidad de Persona Humana» representa uno de los mejores documentos para conocer los rasgos fundamentales de la experiencia religiosa cristiana a través del estudio de algunos textos bíblicos significativos.

Todo este aporte documental de Luis Ernesto García se complementará armoniosamente con los Programas de Formación Ideológica adelantados desde la Fundación Rerum Novarum que le permitieron a la juventud de entonces comprender y analizar las causas y factores más significativos que explican las realidades sociales, políticas y económicas del mundo actual, así como evaluar hechos sociales a la luz del humanismo cristiano y tomar conciencia personal de los valores y actitudes propios y de la comunidad en la que vive.

Este proceso se cerraba con un Compromiso Ético de los participantes quienes estaban obligados por voluntad propia a analizar sistemas económicos y políticos incluyendo el criterio moral en su análisis, y de tomar decisiones prácticas éticamente fundamentadas y adecuadamente razonadas. El Compromiso Ético conducía a un Pensamiento Crítico en el cual los participantes

eran capaces de analizar y criticar las tesis de las corrientes de pensamiento social, así como de desarrollar una autocrítica de sus propias posiciones.

6. Pensamiento y acción

Luis Ernesto García creyó e hizo suya la afirmación del Apóstol Santiago: «La fe sin obras es una fe muerta». Y posiblemente esta sea una de las grandes enseñanzas que nos legó este sacerdote santo: La fe honda, la fe probada, la fe cotidiana que se manifestó en sus muchos y diversos quehaceres, teniendo como fundamento su amor a Cristo.

Luis Ernesto García tenía la convicción de que «El pobre es Cristo y como a Cristo debemos amarlo y ampararlo. Debemos tratarlo como a un hermano, como ser humano». Esa conciencia de que Cristo está viviente en los pobres y en los necesitados es un legado y una lección para todo cristiano: «Cristo se ha hecho nuestro prójimo, o mejor nuestro prójimo es Cristo que se presenta a nosotros bajo una u otra forma».

Ese sentido del pobre marcó su vida; porque el pobre no es una simple categoría sociológica o un dato estadístico. Es mucho más; es una cualidad eminentemente religiosa; es decir, tiene que ver con Dios, porque Dios se identifica con el pobre, con el huérfano, con la viuda, con los enfermos, con los niños. Por eso la opción por los pobres es genuinamente cristiana porque remonta a Dios y a Cristo mismo.

La sociedad actual exalta la riqueza como un triunfo, el prestigio como ideal y el poder como la principal ambición. Es decir, actitudes que se revelan en acciones contra la persona humana y contra las relaciones de fraternidad que deben existir entre los hombres.

Las consecuencias de este modo de pensar y sentir son enormes: ante todo lo que respecta a la dignidad de toda persona humana; una dignidad que no puede ser medida ni valorada por ninguna escala de valores, porque la dignidad de la persona humana es definida por la referencia a Cristo, verdadero Dios y hombre. Luis Ernesto García puso toda su vida y toda su fe en Jesucristo. Pensando en Cristo se impuso la tarea de hacer obras que convirtieran en realidad esa fe.

A. La Fundación «Rerum Novarum»

Con el propósito de formar jóvenes dispuestos a participar en la vida política dentro de una sociedad democrática y en consecuencia pluralista; nace la Fundación «Rerum Novarum»

La Fundación «Rerum Novarum» se fue gestando en múltiples jornadas de trabajo presididas por Luis Ernesto García y el esfuerzo se concreta el 22 de Julio de 1975 cuando se protocoliza ante la Notaria Pública Primera de San Cristóbal. La Fundación «Rerum Novarum» queda integrada por los ciudadanos José Antonio Rad Rached, Flavio Granados, Edgar Flores Pérez, Francisco Romero Lobo y Luis Ernesto García. Desde ese momento nos incorporamos a un ambicioso programa de formación ideológica que representó la época más brillante del liderazgo tachirense a nivel nacional.

No cabe duda, que esa era una formación fundamentalmente ideológica, en consecuencia siempre tendrá como principal referencia un conjunto de ideales iluminados por el humanismo cristiano. Teníamos y tenemos la clara convicción de que no todos los partidos políticos son de carácter ideológico. Existen agrupaciones que tienen como principal referencia un caudillo, otros se agrupan fundamentalmente por una historia compartida, en fin, hay quienes se agrupan solamente para defender un programa de gobierno determinado.

B. El Instituto de Formación «Simón Rodríguez Nieto»

Desde la Fundación «Rerum Novarum» se creó el Instituto de Formación «Simón Rodríguez Nieto» en homenaje a un brillante líder juvenil que entregó su vida en la lucha por la justicia social.

El Instituto de Formación «Simón Rodríguez Nieto» nació con un definido carácter cultural, social y científico. El domicilio de esta institución de formación ideológica fue el Caserío Peribeca, en la aldea Salom de Independencia en el estado Táchira.

Las acciones de formación ideológica que se cumplían semanalmente en el Instituto de Formación «Simón Rodríguez Nieto», fueron fundamentales para comprender la historia política, posterior a la caída del Muro de Berlín y básicamente luego de la Guerra Fría. En este contexto se elevaron múltiples voces señalando el fin de las ideologías, el fin de la historia y por tanto el fin de los partidos políticos de carácter ideológico. Esas tendencias condujeron en el plano estrictamente electoral a la irrupción en casi todo el mundo, de partidos políticos sin mayor consistencia ideológica.

A esta altura de la evolución histórica ratificamos la vigencia del Instituto de Formación «Simón Rodríguez Nieto» ya que si creyéramos que verdaderamente ya no es tiempo de grandes metarelatos, si en verdad partiéramos de la base que es imposible pensar un mundo distinto al que habitamos, si estuviéramos convencidos que la base electoral vota por cosas concretas y no por grandes ideales, entonces probablemente una buena estrategia sería montar una estructura partidaria de carácter ecléctico, sin mayores dogmas, con gran

flexibilidad para adaptar el menú de propuestas a los dictados de las encuestas de opinión pública, y sobre todo con candidatos sonrientes y agradables a la vista, antes que con candidatos que resultaran del proceso de discusión colectiva del partido que fuera. Hoy más que nunca es importante reconocer el esfuerzo de formación ideológica adelantado por Luis Ernesto García, ya que resulta urgente explicitar el fundamento de la tarea política, así como del proyecto político de largo plazo que los Cristianos estamos obligados a abrazar. La historia ha hecho justicia y en esta hora toda la comunidad lamenta haber abandonado la formación ideológica adelantada desde el Instituto de Formación «Simón Rodríguez Nieto».

C. La Asociación Civil «Instituto Internacional Jacques Maritain».

Durante el año 1979 convocados por el liderazgo de Luis Ernesto García, participamos activamente en el diseño, organización e implementación de la Asociación Civil «Instituto Internacional Jacques Maritain». En ese generoso esfuerzo sumamos nuestras manos y nuestra compañía a la de los sacerdotes católicos Cesar Humberto Niño y José del Rey Fajardo, los abogados Edgar Flores, Héctor Jaimes, Cesar Pérez Vivas, Flavio Granados, Darío Jaimes Vanegas, Adolfo Rubio y Luis Enrique Largo; los médicos José Antonio Rad Rached y Francisco Romero Lobo; junto a los profesores Alberto Moreno, Pedro Contreras Pulido, Nancy Ramírez de Ramírez, Yraima Ruiz de Guerrero, Víctor Díaz Quero y Felipe Guerrero que actuó como secretario de aquellas fructíferas jornadas.

El Instituto nace con el propósito central de estudiar y difundir las ideas del filósofo Jacques Maritain; así como promover investigaciones y estudios sobre el hombre, la cultura y la sociedad a la luz del pensamiento de Maritain. La constitución oficial del «Instituto Internacional Jacques Maritain» se realizó el 24 de marzo de 1980, mediante la protocolización del Acta Constitutiva y los Estatutos del Instituto ante la Notaría Pública Primera de San Cristóbal.

D. «Fundación para la Educación Integral del Campesino»

El 28 de Agosto de 1987 se inscribió ante el Registro Subalterno del Distrito San Cristóbal el Acta Constitutiva y los Estatutos de la «Fundación para la Educación Integral del Campesino» con el propósito de defender, proteger y restaurar la familia campesina en su unidad espiritual, cultural, jurídica y económica, manteniéndola en su ámbito ecológico y proyectándola hacia su

ubicación ciudadana en el desarrollo nacional, dentro de su realidad histórica, social y económica.

Este esfuerzo cumbre de liberación humana representó una de las mejores expresiones del amor cristiano. En esta hermosa tarea trabajamos entusiastamente junto a Luis Ernesto García los sacerdotes Edgar Roa, Gustavo Adolfo Parada, Ramón Rivas y Monseñor Marco Tulio Ramírez Roa. Igualmente tuvieron una decidida participación los Ingenieros Rubén Darío Medina, Jorge Quintana y Dumar Ramírez. Al lado de este calificado grupo de profesionales encontramos a la Socióloga Beatriz Casadiego, los licenciados José Luis Isla, Jesús Sánchez Torres, Jesús Antonio Medina Chacón y José Elías Thielen.

La amplitud de la tarea permitió vincular a los médicos Gerardo Contreras y Armando Chacón, a la abogada Consuelo López de Chacón, al Perito Forestal Ranulfo Peñalosa y al Profesor Felipe Guerrero. Luis Ernesto García aseguraba que «El cristianismo es Cristo» y bien que lo mostró en cada una de sus obras, porque en todas ellas buscaba crear un lugar que recibiera a Cristo. Cada acción era el desarrollo de un hogar para Cristo; iniciativas que fueron más que instituciones de beneficencia y que se proyectan como una misión que todos debemos asumir para que Venezuela sea una mesa para todos. El Padre Luis Ernesto García nos dejó también una tarea que no podemos eludir: La Justicia Social. «La justicia es una virtud difícil, muy difícil, cuya práctica exige una gran dosis de rectitud y de humildad».

7. El Nacimiento a la vida eterna

Asegura Pedro Casaldaliga que «Cuando llegues al final del camino, te preguntarán; ¿Has vivido? ¿Has amado? Y tú le descubrirás tu corazón lleno de nombres».

Desde el momento en que la comunidad conoció el nacimiento a la vida eterna de este luchador social, la comunidad agradecida, comenzó una jornada de oraciones, dándole gracias a Dios por la existencia del Padre Luis Ernesto García, quien dedicó todo su peregrinaje terrenal para trabajar por la formación de hombres y mujeres para la construcción de sólidos liderazgos en el humanismo cristiano.

En la misa exequial, la homilía fue desarrollada con gran brillantez por otro maestro del cristianismo social: el Presbítero José Gregorio Pérez Rojas. El saludo pronunciado por este brillante orador sagrado, se realizó frente a los restos físicos del Padre Luis Ernesto García, colocados en un sencillo ataúd de madera en la Santa Iglesia Catedral de San Cristóbal, acompañados por centenares de fieles que recibieron lecciones y apoyo de este sacerdote ejemplar.

En su homilía, el Presbítero José Gregorio Pérez Rojas, recordó cuando fue ordenado sacerdote, «lo fue siempre hasta el fondo» e hizo un énfasis particular en la frase «Como el Padre me ha amado, así los amo yo y los llevo en mi corazón». Agregó que Luis Ernesto García despertó a los hombres de una «fe cansada, del sueño de los discípulos de ayer y hoy», para rematar exhortando: «Levántense, vamos, también nos lo dice a nosotros».

Esta es la extraordinaria pieza de oratoria pronunciada por el Presbítero José Gregorio Pérez Rojas el día jueves 15 de Octubre de 1987 en la Santa Iglesia Catedral de San Cristóbal:

Peregrino de la Luz

Para el corazón cristiano, la muerte es un misterio de oscuridad y de luz. En este sentido, fue Rabindranath *Tagore* quien en su obra hermosa «EL REY DEL SALÓN OSCURO», nos quiso dramatizar las misteriosas y secretas relaciones que Dios tiene con el alma humana. Así escribió el pensador hindú: «Había un floreciente reino donde el pueblo vivía feliz y todo era armonioso y promisor. Solamente se presentaba un problema: nadie conocía al Rey. Unos decían falsamente haberlo visto. Otros simplemente negaban su existencia. La reina misma -símbolo del alma humana- estaba profundamente atormentada porque sólo se encontraba y trataba con el Rey, en un SALÓN profundo y oscuro, donde nunca pudo verlo cara a cara. Muchos farsantes y falsos reyes quisieron engañar a la REINA, -vale decir al alma humana- haciéndose pasar por el verdadero MONARCA.

Pero ésta, cansada ya de tanta oscuridad, de tanto enigma y de tantos inútiles ruegos, -un día decidió fugarse del PALACIO. El REY, que en el drama es vivo símbolo de Dios, solamente la despidió con estas palabras: Esta negrura total y desolada del SALÓN OSCURO, que hoy estremece tu alma, será un día tu salvación!. Y efectivamente, la REINA fugada, fue perseguida por voraces enemigos, maltratada, sometida a vejámenes y convertida en esclava despreciable. Hasta que un día el REY resolvió rescatarla y la trajo de nuevo al SALÓN OSCURO. Sólo entonces le dijo amorosamente: «-Ya terminó para tí toda la aventura!. Ahora, ven conmigo, a la plenitud de la LUZ! »

Es evidente, que en esta parábola del pensador hindú, la PLENITUD DE LA LUZ quiere significar, el encuentro místico del alma con Dios, más allá de la oscuridad de nuestra FE. Esta página de Rabindranath *Tagore*, por extraña coincidencia, nos recuerda vivamente las palabras del Místico Doctor de la Iglesia, San Juan de la Cruz, en aquel «Cantar del alma que huelga de conocer a Dios por la Fe». En él nos descubre, el sublime poeta del Carmelo, las misteriosas

relaciones del alma humana con el CREADOR, diciéndonos, en el alto lenguaje de los místicos.

«Que bien se yo la fuente que mana y corre, aunque es de noche!!!
En esta noche oscura de mi vida
Qué bien sé yo por Fe, cuál es la fuente fría
Aunque es de noche!!!
-Aquí se está llamando a las criaturas,
y de esta agua se sacian, aunque a oscuras
Porque es de noche!!!.
Su claridad nunca es oscurecida,
y sé que toda luz de ella es venida,
Aunque es de noche!!!

Hermanos y amigos todos presentes: Hemos querido referimos a este misterio de Oscuridad y de Luz, para poder meditar con humilde y reverente fe, en el misterio pascual que hoy nos reúne en comunión de Amor y Esperanza: La muerte del Padre Luis. Un acontecimiento Pascual: la Muerte del Padre Luis. Nosotros vimos aniquilarse lentamente al padre Luis, como cirio que se derrite ante la llama voraz y devoradora.

Lo vimos extinguirse y acabarse gota a gota, célula por célula, lágrima por lágrima. Pero nosotros vimos también deslumbrados por el Misterio Divino, vimos crecer al padre Luis: lo vimos crecer y emerger del dolor con la bella estatura del alma trasformada por Cristo. Colocado en la alta Cátedra de su doliente Cruz, pareciendo adivinar nuestros heridos sentimientos, y el helado terror que atenazaba nuestros corazones ante tanto sufrimiento, el padre Luis nos pacificaba, -más que con las palabras que ya casi no salían de sus labios - con la voz desgarrada de sus llagas, - con el clamor de su sangre derramada por todos los poros de su cuerpo roto, - por la piel deshecha que dejaba escaparse la vida. Como San Pablo dejaba caer sobre nosotros aquel sublime murmullo de la Fe: «Entiendo -dice San Pablo- que los padecimientos del tempo presente no guardan proporción, con la gloria que ha de manifestarse sobre nosotros!!!»

Así, y sólo así, ante tanta oscuridad entendemos, toda la belleza y la luz de la fe!! Y como si quisiera que no dudáramos un solo instante de su triunfo pascual, su espíritu florecido en coraje sobrenatural, parecía gritarnos desde el oscuro rincón de la muerte, el Himno Triunfal de la RESURRECCIÓN, con las palabras de San Pablo a los Filipenses: «Nosotros somos ciudadanos del cielo. De allí que ansiosamente esperamos al salvador, al señor Jesucristo que transformará este cuerpo de miseria haciéndolo semejante a su cuerpo glorioso». En este sencillo y fraterno homenaje al Ministerio Pascual de la muerte del padre Luis, homenaje brotado de lo más entrañable del alma con toda la intacta amistad y el

indeleble afecto, que ni las barreras de la muerte podrán amenguar, queremos recordar acá, dos de sus más nobles y sublimes lecciones:

- 1°. La lección de una vida Discreta y selecta.
- 2°. La lección final de consumación mística con Cristo.

Una vida discreta y selecta

A quienes les conocimos en los primeros años de su sacerdocio, su imagen nos quedó grabada en indeleble e inolvidable memoria. Alta su estatura, «lo que va de hombros arriba sobre el común de los mortales», según la manera bíblica de medir la gente. Apuesto y gallardo de presencia, irradiaba aquella segura vitalidad de los jóvenes diestros en todos los deportes, en el atletismo y en el manejo de las armas que tanto le apasionaron.

Siempre caballerosos y gentil, de finas maneras urbanas, cortés y amable, sabía combinar en extraña manera un aire natural de aristocracia con una cálida simpatía popular con una abierta y luminosa manera de entenderse con los niños y con las gentes humildes. Especialmente si estas eran sencillos campesinos. Casi secretamente supimos que fue destacado estudiante, que siempre encabezó las listas de sus compañeros de clase, en los seminarios donde cursó sus estudios sólidos y serios, sin jamás presumir una sola vez de sus méritos o de su probada capacidad. Su oficio fue siempre de humildad.

De formación seria y disciplinada, de espiritualidad profundamente evangélica, de carácter serio pero amable y bondadoso y rebosante siempre de fino humor y gracia comprensiva de íntegra fidelidad eclesial; de total entrega a la causa de la juventud y a la defensa de los valores sobrenaturales y sociales de nuestro pueblo, vivió -no obstante su discreta manera de ser- en total sintonía con las más legítimas urgencias espirituales de nuestro tiempo. Al discreto y hermoso sacerdocio del Padre Luis, bien se le pudieran aplicar las sublimes revelaciones que el Papa Paulo VI, le confiara al escritor Jean Guitton, sobre la misión sacerdotal en la hora presente.

Decía Paulo VI: «Hemos sido llamados como sacerdotes a lo más grande que puede darse; -a testimoniar la verdad de Dios en las tinieblas de este mundo -a anunciar el reino de Dios en medio de la confusión de esta época-; a distribuir la gracia de Dios a un pueblo permanentemente necesitado de reconciliación;- a representar a la Iglesia de Dios en medio de este mundo para que realmente sea el signo vivo de que ha venido la Gracia de Dios a la tierra; a ser pregonero de la inquebrantable fidelidad del amor de Dios a los hombres».- El Padre Luis supo ser todo eso. Supo ser sacerdote. Supo ser pastor. Supo ser maestro. Supo ser amigo. Supo ser hermano. Supo ser guía y compañero. Supo ser

consolador de penas y dolores ajenos. Supo ser padre del pueblo humilde y de la juventud que buscaba su camino. Supo ser militante de la justicia y combatiente en el más bello de los combates: el combate de la Verdad y de la Gracia de Cristo contra el pecado y contra la mentira. Fue una vida fundamental y categóricamente humilde.

Por su prestancia espiritual y eclesial, por sus largos méritos y por la profunda fecundidad de su obra que muy pocos supieron reconocer, cualquier otro sacerdote se hubiera sentido postergado y desplazado. Jamás recibió honores ni distinciones, ni civiles ni eclesiásticas que bien le pudieron haber correspondido. Pero lo más hermoso y dignificante de esta vida tan selecta y auténtica, en la verdad y en la madurez de un varón humilde, es que su corazón -bien colocado en la equidistancia de la voluntad y del sentimiento- nunca tuvo la más leve perturbación por ello, ni jamás la vanagloria le desveló un solo instante de su sueño.

En toda la recia madurez de su hombría eclesial tenía la segura y luminosa convicción de que si nunca recibió honores humanos, tampoco los deseó, ni mucho menos los buscó por las mil puertas equivocadas que para ello existen abundante y expresamente. Su humildad radical estaba por encima de torpes pequeñeces. Mucho se podría decir del Padre Luis. Del joven profesor del Seminario que conocimos en nuestra niñez cuando él apenas estrenaba la flor de su sacerdocio!; del novel ayudante de Monseñor San Miguel; del Vice-Canciller de Monseñor Rafael Arias Blanco; del joven vicario cooperador de la Parroquia de Colón, que con otro grupo de jóvenes sacerdotes revolucionaron y conmocionaron la vida espiritual, pastoral y apostólica de la región, iniciando una fecunda e indetenible transformación de esta tierra tachirense.

Nerio García, Carlos Sánchez Espejo, José León Rojas, Raúl Méndez Moncada, Manuel y Luis Ernesto García, juntos con otros valiosos sacerdotes, fueron la generación nueva y la gente de relevo en esa hora tan especial que vivió el Táchira. De ahí en adelante el Ministerio Sacerdotal del Padre Luis se desarrolló en tres plenificantes etapas, profundamente vividas y claramente definidas.

La primera etapa fue totalmente pastoral, al frente de las importantísimas y populosas Parroquias de San Juan Bautista de Colón y de Nuestra Señora del Carmen, en La Concordia de San Cristóbal. Allí, en esos fecundos años de Rectoría Eclesial, su solícito apostolado y su incansable y generosa entrega dejaron una huella indeleble en obras perdurables de vitalidad sobrenatural; de formación apostólica, moral y familiar; de colegios y educación religiosa para los niños y los jóvenes, en selectas instituciones de la iglesia y de cultura de la comunidad, y donde su nombre quedó grabado para siempre en el amor del pueblo.

Su segunda etapa fue de educador y guía, en la Escuela Normal «Román Valecillos» y otras instituciones de formación docente. Apostolado de inconmensurable consecuencia, cuya resonancia evangélica por fuerza debe haber trascendido de eco en eco, y de maestro en discípulos, en una parábola de proyección multiplicadora de una semilla sin término ni final, como es el destino de la Educación.

Y su tercera etapa fue totalmente consagrada al estudio y cultivo de la Doctrina Social de la Iglesia, en una callada pero avasallante y fecunda tarea que se potencia y se magnifica en el CENTRO DE ESTUDIOS «JACQUES MARITAIN», y especialmente en la FUNDACIÓN «RERUM NOVARUM», sólida y callada obra de formación y difusión de una nueva Conciencia Social a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia, habiendo dejado dotado esta Institución, de todas las estructuras y recursos materiales, pedagógicos, humanos y eclesiales perfectamente eficaces para cumplir desde ya y en el futuro, sus altos y trascendentales objetivos de iglesia.

En los días finales de su vida, ya herido de muerte por la enfermedad, quiso consagrarle todas sus últimas energías, hasta el postrer aliento, al servicio de la Iglesia en la Misión Permanente, precisamente en el área de la Doctrina Social de la Iglesia. Como siempre, no obstante su cuerpo herido, lo hizo con aquel entusiasmo, aquella pasión de trabajo y aquella in - contenible y empeñada tenacidad con que siempre se empeñó en las cosas que amaba.

Su última realización, ya casi con la muerte a cuestas, fue la puesta en marcha de «FUNDEIC». Es este un hermoso y formidable proyecto de Educación Integral del campesino tachirenses largamente soñado y cuidadosamente elaborado por los jóvenes y valiosos profesionales el Ingeniero Rubén Darío Medina, el Ingeniero Dúmar Ramírez y el Profesor Felipe Guerrero, que fue retomado, rescatado y apadrinado por el corazón y el coraje indomable del Padre Luis, hasta convertirlo en viva realidad.

Alguien preguntará irrespetuosamente: ¿De dónde salió este extraño sacerdote, -esta especie de PROFETA Y ALUCINADO de la Doctrina Social de la Iglesia? Su formación más que en las aulas de los Seminarios, la realizó el Padre Luis Ernesto García, -como muchos de los sacerdotes de su época, y hasta de los Obispos y de los líderes laicos de su tiempo, en aquella otra maravillosa escuela grande que fundara el excelso Pontífice Pío XI, como el mismo señalara ->no sin inspiración divina»: La ESCUELA DE LA ACCIÓN CATÓLICA.

El Padre Luis es uno de los últimos representantes de esa Escuela hoy formalmente extinguida, hasta que las nuevas Estructuras Conciliares presenten algo sustitutivo -que tanta falta le está haciendo a la iglesia hoy: aunque de hecho, es verdad que ese ALGO sustitutivo, ya está incluido orgánicamente en

las actuales estructuras pastorales del Concilio. Es impresionante - y ya definitivamente - para las páginas pasadas de la historia - la formidable tarea, cumplida por la Acción Católica, en la Iglesia Católica Venezolana.

En ella se hicieron y crecieron eclesialmente como asesores, apóstoles y promotores algunos de los grandes últimos obispos de nuestro país, como Monseñor Rafael Arias Blanco, Monseñor Alejandro Fernández Feo, Monseñor José León Rojas, Monseñor José Rincón Bonilla entre los ya fallecidos; y junto a ellos el Arzobispo de Maracaibo Monseñor Domingo Roa Pérez, esclarecido discípulo de las mejores doctrinas de Monseñor Civardi, el fiel intérprete de Pío XI y Monseñor Ovidio Pérez Morales, el actual Obispo de Coro.

La Acción Católica permitía vivir todo ese cálido hogar de Iglesia Universal donde bien podría haber toda la vitalidad sacramental que el Vaticano II, en la «Lumen Gentium» la asigna a la Iglesia «como Sacramento Universal de Salvación». El Padre Luis fue discípulo un apasionado, un apóstol y en su calidad de asesor, un militante y un estudioso permanente de la ACCIÓN Católica. Por ella llegó a las fuentes originales de la Doctrina Social de la Iglesia, a la que tanto desvelo, tanta devoción y tanta vida le entregó generosamente y en cuyo servicio le alcanzó la hora de la muerte.

Otra vez - más que por las aulas, por los diplomas y por los post-gradados - a los que nunca, tuvo la oportunidad de acceder - la doctrina social de la Iglesia le llegó al Padre Luis, por el magisterio cálido y abierto de la Acción Católica y sus hombres comprometidos «con la instauración social del reino de Cristo» como indicaba el Papa Pío XI. El Padre Luis no fue un sociólogo, ni un profesional, ni un erudito de política o en economía. Su sencillo modelo original fueron los tres obispos iniciadores: Ketteler, de Maguncia; Mermillod, de Ginebra; y Manning, de Westminster, quienes tampoco eran eruditos ni sociólogos. Sus maestros directos fueron León XIII, Pío XI, Juan XXIII y Paulo VI, a quienes se puso a estudiar con la pasión, la humildad y la tercera tenacidad que eran su mejor distintivo. Sus modelos inmediatos en los cuales inspiró su acción concreta, su actitud práctica y su posición eclesial -porque nunca quiso ser ideólogo teorizante- fueron personas bien definidas y cercanas a su mente y su corazón, Don Luigi Sturzo, el magnífico sacerdote italiano que tan hondamente le impactó y tan de cerca siguió en su vida; Monseñor Emilio Guerry, cuya diáfana doctrina la hizo mensaje permanente de su enseñanza; y dos hombres excepcionales que profunda y definitivamente marcaron su destino y su vocación eclesial: el filósofo francés JACQUES MARITAIN y el querido e inolvidable sacerdote Manuel Aguirre Elorriaga.

Fue el suyo, un largo, hermoso y selecto sacerdocio, discreto por lo humilde y por lo callado. Ordenado como Ministro de Dios por el Arzobispo Emeritense Excmo. Sr. Acacio Chacón, el primero de noviembre de 1939, estaba ya próximo

a cumplir sus Bodas de Oro Sacerdotales: sus cincuenta años de sagrado ministerio. Seguramente los habría celebrado con el mismo gozo espiritual, con la misma exquisita discreción, con la misma callada sencillez con que celebró su Jubileo Sacerdotal, sin fanfarrias ni vanaglorias, recordando la sabia lección de que «-ni el Bien hace ruido, ni el ruido hace bien»!!. Medio siglo de Ministerio es un largo sacerdocio. Y un largo sacerdocio exige una larga FIDELIDAD. Vale decir, FIDELIDAD a una sublime vocación, según la palabra del Señor a sus discípulos: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí primero a vosotros».

Quien ha vivido como el Padre Luis un largo sacerdocio, lleva florecido el huerto radical de su alma con aquel sublime don de la fidelidad a la gracia divina. Fue San Gregorio de Nicea, el poeta de la Patrística Cristiana, quien bellamente explicó esta condición sacerdotal:

«Los Cántaros que durante tantos años encerraron y contuvieron el óleo celeste de la salvación -dice San Gregorio- llegan a conformarse tan perfectamente a la dimensión del aceite, y se impregnan de tal modo de la condición plural de los aromas que ya no se sabe dónde terminan los límites del ánfora y donde acaban las aladas dimensiones del Aroma!!.

Efectivamente esa identificación se realizó en la vida del Padre Luis. Cuando ya no tuvo nada más que darle a la Misión Permanente de la Iglesia venezolana, cuando ya no tuvo más que enseñarle al pueblo cristiano, nada más que decirle a los jóvenes que él educaba, cuando no le quedó disponible ninguna otra lección sino su DOLOR, su Vida Crucificada, su Testimonio de Ofrenda amorosa al PADRE, entonces hizo suyas, - totalmente suyas- aquellas palabras de San Pablo a los colonenses, que en los labios del Padre Luis tuvieron una sublimidad original: -»Me alegro de sufrir por ustedes: así completo en mi carne, los dolores de Cristo, sufriendo por su cuerpo que es la iglesia, de la cual dios me ha nombrado ministro, asignándome la tarea». (Col., 1,24).

La lección final de consumación mística con Cristo

Desde siempre los hombres nos hemos preguntado desgarradoramente por el dolor y por la muerte. Como dice el Vaticano II, desde la simple oscuridad de nuestra vida, este es un enigma «cruel y sin respuesta». -»Sólo se ilumina transfigurado en trance de luz, desde el Misterio de Cristo Muerto y Resucitado», añade el mismo texto conciliar. El Padre Luis nos dictó una viva lección de consumación mística, con su DOLOR y con su MUERTE. En su «Teología de la Muerte» el teólogo Karl Rhaner, nos da la verdadera perspectiva de la fe cristiana acerca del dolor y de la muerte. «Diariamente -nos dice Rahner - vamos muriendo; con cada día y cada año que pasa va aumentando nuestra

proporción de renuncia, tal como Cristo mismo nos lo quiso enseñar, por la palabra de San Juan: «Si el grano de trigo caído en la tierra no muere, queda infecundo y no produce fruto».

Esa muerte diaria paradójicamente es agente de vida en el reino invisible de lo sobrenatural. Con la medida de la Gracia Divina que le es dada, cada hombre se inserta en la pasión de Cristo, anticipando la última renuncia que es el aniquilamiento aparente de la muerte. Una muerte así es una muerte santa; - al decir bíblico «es la muerte del justo».

Así en efecto, vimos poco a poco - y deslumbrados por el dolor, el misterio y el gozo de la fe, vimos crecer en el Padre Luis al CRISTO, que él como sacerdote presencia lizo en la tierra, y conlevó configurado con su vida, mediante la consagración sacerdotal. Por eso, desde que Cristo murió en la Cruz-, el propio dolor y la misma muerte - tienen su austera belleza que da un realce sublime a nuestras pequeñas y oscuras vidas. Cristo no vino a la tierra a suprimir el sufrimiento. Vino a transformar el sufrimiento en Gracia Redentora. Así puede decir con razón el Apóstol ¡»Completo en mi cuerpo los dolores de Cristo por la Iglesia». Porque creemos en el amor infinito que conduce el hilo de nuestras vidas, sabemos cómo dice San Pablo en Romanos 8, «que todas las cosas concurren para el bien de aquellos que aman a Dios» y como dice San Juan en su Primera Carta «conocemos y creemos en el amor que Dios nos tiene».

Puede que a veces el Señor permita que sus elegidos sean sometidos a una dolorosa purificación final, tan larga, inacabable y desbastadora como aquella en que vimos agobiado y sumergido al Padre Luis. Al término de la misma, purificados los propios y ajenos pecados, por los cuales expresamente pidió sufrir, como el viejo Mártir San Ignacio de Antioquía ante las fauces de los leones, el Padre Luis pudo también repetir sus mismas palabras, con aquella gallardía y humildad que siempre le distinguieron: «Mis pasiones y pecados ya fueron crucificados!! No hay ahora en mi ningún apetito desordenado por las cosas de la tierra. Un agua viva murmura dentro de mi corazón, diciendo: Ven a Dios Padre!!». Precisamente, al recoger su última voluntad en un TESTAMENTO firmado de su puño y letra, en el pasado mes de julio, con la plenitud de responsabilidad y de su conciencia sacerdotal, nos dejó una formidable y estremecedora lección.

Se ha dicho con toda razón, -que la más alta nobleza del hombre, está en ser FIEL CON EL TESTIMONIO de la muerte-, a aquellas convicciones por las cuales se ha vivido. En el citado TESTAMENTO después de hacer la Profesión de Fe, siguiendo el CREDO del PUEBLO DE DIOS de Pablo VI, después de hacer la PROFESIÓN de Fe en DIOS Padre, en su Hijo Jesucristo que nos redimió y en el Espíritu Santo que nos vivifica; -después de profesor su devoto amor filial a la Santísima VIRGEN MARÍA; después de declararse hijo fiel y

agradecido de la Iglesia Católica, en la CLAUSULA SEGUNDA, el Padre Luis, hace una profesión de sinceridad estremecedora y de recia humildad, con estas palabras textuales:

«Me declaro pecador conforme a lo que dice Pablo en Romanos: «Yo soy carnal, vendido por esclavo al poder del pecado», pero estoy convencido de que, habiendo actuado con sinceridad y pureza de intención para establecer el Reino de Dios, seré salvo porque, como dice Pablo en Romanos, «hemos sido justificados gratuitamente por su gracia...mediante la fé en su sangre». «En consecuencia pido perdón por mis pecados al Padre Celestial y a toda persona para quien hubiera sido ocasión de pecado por acción o por omisión y pido que los Oficios Religiosos de mi sepelio sean sin pompa: todo como a cualquier hombre pobre.- Procuré vivir sin la vanagloria de este mundo y por eso suplico que esta no esté presente en los actos religiosos póstumos». (Testamento del Padre Luis).

Si la vida del Padre Luis fue toda ella una discreta y humilde peregrinación hacia la Casa del Padre Celestial, su última etapa de consumación mística con el Misterio de Cristo, fue verdaderamente sublime y hermosa. Su peregrinaje pasó por el horrida e inhóspito desierto del dolor de tan larga y cruel enfermedad. Trasegó todas las aguas amargas de las más oscuras cisternas del sufrimiento humano. Como el siervo doliente de Isaías le vimos convertido «en desecho de hombre», arrastrándose entre noches inacabables «bajo una soledad poblada de aullidos» según el duro decir de los Salmos.

Pero él vivía ya, más allá de la tiniebla del dolor y de la prueba, en aquella Fe esclarecedora de San Pablo: «La noche está avanzada, pero el DÍA se acerca ya!!!». Nunca le vimos al Padre Luis rebelarse, desesperarse, ni protestar casi ni siquiera le oímos quejarse, soportándolo todo con aquel indomable coraje, que sólo le puede dar la gracia divina a los elegidos del Señor.

Con sus ojos convertidos en llamas de martirio, parecía decirnos con su clásica gentileza,- a quienes le mirábamos acabarse y deshacerse aquellas palabras de un santo religioso: «No se preocupen, no se extrañen!! Es simplemente el Señor que está tomando lo que es suyo!!!».

Así fue su enseñanza de consumación mística. Quienes tuvimos el doloroso privilegio de acercarnos a las orillas de aquel insomne desolado lago que fue su enfermedad, todos, con el alma estremecida, fue mucho lo que pudimos aprender. Tuvo miedo a la muerte, como todos lo tendremos también un día. Su corazón parpadeó ante el dolor, como a Cristo mismo le sucedió en la noche de Gestsemaní. Por eso nos pedía siempre una misma oración de comunión, de amistad y de afecto: «QUE EL SEÑOR NO ME DEJE DESESPERAR!!!».

Como el poeta Tagore, deseó con toda la intensidad de su radical vocación, que sus últimas palabras fueran estas: «PADRE! YO CONFÍO EN TU AMOR!». Estas deben ser definitivamente también nuestras últimas palabras, nuestra última radical actitud, al despedirnos de esta vida, cuando Dios pronuncie nuestros nombres. De ello nos dio bellísima y exacta lección el Padre Luis.

Delante de nuestros ojos deslumbrados, delante de nuestros corazones atónitos, casi palpándolo con nuestra misma piel y nuestra misma sangre, hemos sido testigos de esta CONSUMACIÓN MÍSTICA: La venida del Señor hasta la exigua y vulnerable lumbre del Padre Luis para incorporarla al Ministerio Pascual de su Muerte y Resurrección.

Así se cumple definitivamente la promesa revelada, en aquella sentencia paulina: «QUE LO QUE HAY DE MORTAL EN NOSOTROS, SEA ABSORBIDO EN LA VIDA DE CRISTO!». Por eso, sólo nos resta una única palabra, aquí donde sobran todas las demás: HERMANO SACERDOTE, Y AMIGO ENTRAÑABLE DE SIEMPRE; DESCANSA YA, EN LA PAZ Y EN EL GOZO DE TU PADRE Y TU SEÑOR!!!».

8. Volver a Peribeca

En estos días y en esta estación de mi vida decidí ir a Peribeca, el pintoresco pueblito que sirvió de motivo para identificar la casa del Padre Luis Ernesto García.

Mientras estaba en la plaza, esperando para entrar al templo, decidí dar una vuelta por aquel lugar de ensueño. Entre la hojarasca, vislumbé un legajo húmedo y amarillento que decía: «Espero que quien encuentre este documento, le diga a mis discípulos y a mis amigos que me encuentren vivo. Me refugio en un lugar cercano, en donde vivo para formar la juventud». Mi sorpresa fue aún mayor cuando leí la firma: Luis Ernesto García.

No entré al templo, apresuré el paso y retorne al querido Instituto de Formación Rerum Novarum que un día ya lejano ayudamos a construir con el Padre García.

Llegué a esa casa de sueños liberadores y encontré en el patio restos de una hoguera y papeles escritos por el suelo. Al tiempo que me temblaba la mano tomé uno y leí: «La dignidad del hombre nace de ser creado por Dios a su imagen y semejanza». Estaba claro... Luis Ernesto García, nunca murió.

Luis Ernesto García vivió intensamente como hombre, como sacerdote y como militante revolucionario. Su recuerdo vive y se fortalece en el corazón de sus discípulos, de sus compañeros y en la gratitud de los más humildes. Es un recuerdo que renace con fuerza cada año cuando se acerca el último trimestre del año. Un Nueve de Octubre de 1987, nació a la vida eterna este hombre de

quien afirmó el historiador Luis Hernández que fue «una de las más preclaras inteligencias del clero tachirense».

Luego de peregrinar setenta años por esta tierra, marchó al encuentro con el Dios de los excluidos este luchador. Se fue en invierno, sin haber visto tampoco para su país la primavera que tanto soñaba. Cuando se marchó apenas empezaba a consolidarse una experiencia democrática, luego que la sociedad venezolana solo había transitado caminos dictatoriales. Luis Ernesto García disfrutaba sólo un atisbo de libertad y democracia con la que nunca se conformaba.

Luis Ernesto García tenía una gracia muy excepcional: la capacidad de bajar en los escalones institucionales y sociales, para subir en calidad de militante y revolucionario. Como joven sacerdote tuvo por delante una destacada carrera eclesiástica. Brillante predicador, excelente maestro y seguro guía espiritual tenía las condiciones suficientes para escalar elevadas posiciones; sin embargo prefirió el silencio de Peribeca para dictar cátedras de humanismo cristiano.

Hasta el último momento, el trabajo revolucionario de Luis Ernesto García estuvo destinado a unir las buenas voluntades para construir un mundo nuevo, justo y fraterno. Ojalá y todos los cristianos de este tiempo vuelvan a Peribeca a reencontrarse con Luis Ernesto García, el Profeta que encarnó el mayor de los mandamientos: El mandamiento del amor.